

— Yo no sé cómo arreglármelas — insistió redoblando su taconeo bajo la solitaria Recova; — en casa no hay un real, ahora mismo acabamos de tener una pelotera por eso, ¡y yo necesito ocultarme! Quiero irme al Trigo, ó á cualquier parte. Juanito, es preciso que yo salga de la ciudad cuanto antes.

De mi exaltación en reprender y aconsejar había caído en el estupor y silencio más absoluto. Como siempre que veo una desgracia ó escucho un lamento, sentía deseos de llorar. El vaho pestilente de tanta degradación me ahogaba. Me excusé, prometí, me despedí y escapado me dirigí á la tienda, donde don Aquiles me esperaba hecho un escuerzo, por haber tardado más de lo regular.

Pasé una noche horrible, sin dormir, con el eco de la voz de Laurentina pegado á los oídos. Ignoro cómo y por qué arte se multiplica en mis manos el dinero, ni si será milagro de bien entendida economía ó casual coincidencia que hace que un peso que á mí me toque su elemento de simple papel se convierta en goma elástica, tal maña me doy para estirarlo, agrandarlo y obligarlo á que sirva como dos y como doscientos. Ya he dicho que de la renta paterna no percibía ni medio real, y que la paga de D. Aquiles era como para quedársele en la muela al más sobrio; pues, sin embargo, yo me vestía y costeaba la comida y disponía de un peso sahumado siempre que lo exigiese la ocasión, sin pedirlo á nadie. Guardaba los ahorros en el cajón de mi cómoda, en una bolsita de seda ver-

de que fué de mi madre, y en ella encontré aquella vez hasta cien pesos, que resolví sin vacilar mandarlos á mi desventurada hermana, para que pudiera salir de la ciudad *cuanto antes*.

Este reposado carácter que Dios me ha dado, esta facultad de ver las cosas claras á la primera ojeada, este corazón que á la menor impresión se contrae como si le clavaran un dardo, me aconsejaban que en el vergonzoso asunto de la calle de Balcarce no debía mezclarme ni un punto más, ni un punto menos. Paladín de la honra, vengador del desafuero hecho á mi familia, no iba á salir por esas calles en busca del ofensor anónimo. Bien hacen los gatos en acudir al reclamo de la celosa hembra que les llama desde el tejado. La caída de mis hermanas era una de esas *cosas irremediabiles* de que hablaba Laurentina; era un *caso* fisiológico bien determinado, y de curarlo más entendía la medicina que el afecto. Mi solo apartamiento bastaba para la vindicta social y la propia conciencia.

Pero en lo que yo no podía dejar de mezclarme, si no quería dar ese paso, *tan fácil y tan corto*, de la bondad á la tontería, era en impedir que se dilapidara mi hacienda. Aunque faltábame todavía bastante para cumplir mi mayor edad, previne á D. Aquiles de mi deseo de que se dividiera de una vez la herencia para evitar disgustos futuros, y D. Aquiles, que tenía tanto de perverso como de honrado y cuyos limpios tratos atenuaban algo sus genialidades, hágole esta justicia

por merecida, dispuso desde luego lo que convenía al objeto de complacer á su pupilo.

Apenas sintió Clara las primeras vueltas del torniquete judicial, dió las grandes voces y me escribió una carta en que ponía á Laurentina como Laurentina la puso á ella en la plaza, y achacándola de ser causante de aquella resolución mía, perjudicialísima para los intereses de todos, me zurraba á mí cual si me tuviera en sus manos. No hice caso, siguieron los trámites de la testamentaría, y después de meses y estaciones dilatorias se repartió el haber en esta forma: á Clara tocó la casa de la calle de Balcarce, á Laurentina el campo del Trigal, y á mí esta quinta de Belgrano, compensándose á los perdidosos en muebles, alhajas y metálico. Naturalmente, yo fuí el más perjudicado, porque en aquel tiempo éste era apartadísimo, desierto y descuidado suburbio; pero me callé. Clara, con ser la que mayor beneficio obtuvo, siguió alborotando, y no pudiendo sacarme los ojos, la arrancó buenos mechones de pelo á Laurentina, que, enferma ya, se retiró al Trigal, donde había de dejar sus huesos.

Todos estos zipizapes familiares amargaban mucho mi vida. La alegría es el sol de la juventud, y de este sol no he percibido yo un solo rayo. Así estaba como aterido en la sombra de mi rincón. El borrico de Salustiano hacía burlas de mí muy groseras, y entre sus impertinencias y el geniazo de D. Aquiles mi paciencia reñía crudas batallas. Imposibilitado de abandonar la tienda, porque lo poco que daba la quinta era insu-

ficiente para su entretenimiento y tal cual auxilio á mis hermanas, de higos á brevas, tenía por fuerza que resignarme á pasarlo entre las latas de guayaba y los alfajores, los redondos *Tafi* y aquel procaz compañero que se escandalizaba de mis morigeradas costumbres tanto como yo de la depravación suya.

Y estando la situación como aquí la pinto, aconteció el singular suceso que voy á referir y es de lo más extraordinario que ha podido ocurrirme. Tanto se ha hablado después y en tal forma se me ha calumniado, que el contarle *c* por *b* me quita peso de encima, no ciertamente porque me abrume la creencia general de un hecho que mi celibato excusaría, pues en esto no llegan mis principios á la gazmoñería ridícula, sino simplemente porque no es verdad, y no siendo verdad hay que declararlo muy alto é insistir en ello hasta que se haga carne en el vulgo y desaparezca la mentira patrocinada por la malicia, que durante años y años me ha colgado un milagro del que soy inocente.

El cual suceso fué como sigue: que, como entrara yo en la tienda un día, poco antes del almuerzo, saltó el mostrador Salustiano, me saludó con apicarados mohines entre grave y cómico, y dándome un apretón propio para desarticularme el brazo, me dijo:

— Sr. D. *Pluscuamperfecto*, le felicito á usted. Confieso que no le creía á usted capaz de semejante gracia.

Acostumbrado á sus soeces chirigotas, le aparté sin enfado; pero lo que me chocó desde luego fué que es-

taba presente D. Aquiles, y en su presencia nunca se permitió bromas Salustiano, y que la adusta cara de D. Aquiles mostraba una sonrisita de ironía, de com-

pasión ó de algo tan indefinible, que me alarmó.

— ¿Qué hay?—pregunté.

— Sube, sube — insistió Salustiano haciendo piruetas.

— Sube, hijo — repitió D. Aquiles, — y verás lo que hay.



Sobre mi lecho descansaba un niño...

Subí, entré en mi cuarto y abrí la ventana... Sobre mi lecho descansaba un niño, envuelto en blancas mantillas, rosadito y rubio como un ángel; dormía profundamente con los puños muy cerraditos, y tenía sobre el pecho una cadena de oro, un medallón de pelo y una carta. Carta, medallón y cadena fueron detalles que distinguí luego de volver de mi espanto, porque espanto fué y atontamiento lo que sufrí yo al descubrir un rorro en mi cama, mientras el Salustiano se retorció de risa allá abajo. No atinaba yo con la explicación de tan raro hallazgo, y lo atribuí á pesada chanza del zopenco de Pozuelo, ¡vaya!, ¡y pensar en el susto que me había dado! Hasta me refé de la gracia, aunque ninguna tenía, y con cuidado de no despertar al angelito, recogí la carta, que estaba lacrada, observé la letra del sobre y, pasmado de nuevo, reconocí la letra de Laurentina...

La conservo en mi papelerera, pero no la tengo á mano para copiarla. De todos modos, no importa, porque recuerdo que dice así, aunque no sea con las mismas palabras y acaso no exponga las ideas en el orden que yo las doy:

«Juanito de Dios: estoy muy enferma y en peligro de muerte. Perdida la esperanza de que los aires triguales y la tranquilidad me restablecieran, habiéndome prevenido el médico que no tardaré en comparecer ante mi Juez, ansiosa de hacerlo con la mayor compostura, ya que tan descompuesta ha sido mi vida, he llamado á un sacerdote... ¡y he pensado en ti, Juanito! Dios ha puesto en el mundo á los buenos para enmendar las faltas de los malos, ser su ejemplo y remedio, guía y amparo. A ti acudo, San Juanito de esta familia desgraciada, para confiarte la orfandad de mi hijo. Aquí me lo mataría la ignorancia; en el despego de Clara no puedo fiarme. Yo sé que tú serás el padre y la madre de Arturo, porque tan grandes sentimientos que, por lo común, se anidan en dos individuos de la especie, concéntranse maravillosamente en tu noble corazón, á cuya sombra podrá dormir tranquilo. Segura de que aceptarás el legado que te hago, aprovecho la última ráfaga de aliento para enviarte el niño y decirte que quiero que lleve nuestro apellido y el campo éste del Trigal sea suyo, á lo que no creo que la ley se oponga. Juanito, hermano, adiós y gracias.»

Besé conmovido al inocente por cuyo destino se me encargaba velar y lloré mucho tiempo, mientras abajo

la maldad se solazaba y reía. Mi corazón ha sido siempre puerta sin llave ni cerrojo, á la que ha bastado tocar ligeramente para que se abra por sí sola: ¿no había de abrirse de par en par cuando á ella llamaban mi hermana moribunda y aquella manecita sonrosada, que no contaba con más amparo que el mío? No pensé en los medios ni en las consecuencias de la obra á que me obligaba, sino en cumplir ciegamente con mi deber. Lo primero era entregar la criatura al cuidado de una nodriza, y una nodriza salí á buscar, como si hubiera de encontrarla de manos á boca. Antes cerré la ventana sin hacer el menor ruido, y muy quedo bajé la escalera... Salustiano me recibió dando palmadas, pero le impuso la gravedad de mi actitud. D. Aquiles me miró silencioso.

— Sr. Vargas — dije yo, — usted me permitirá...

D. Aquiles me hizo seña de que callara. Yo no sé si D. Aquiles, en sus forzosas visitas á la calle de Balcarce durante la tramitación de la testamentaría, descubrió lo mismo que yo en la plaza aquella tarde de agosto, lo que no era improbable, ó averiguó de la desconocida persona que trajo el regalo á la tienda su procedencia y demás pormenores. Lo cierto es que, al imponerme silencio, me dió á entender que estaba al cabo de la calle y que sabía ser discreto, lo cual cumplió, y téngasele esto también en cuenta.

— Anda, hijo — añadió luego, — te concedo asueto por todo el día, que muy serias ocupaciones te han caído.

Poco me pareció el día entero para lo mucho que

hacer debía, pero quiso la Providencia que antes de las dos horas hubiera llenado la primera parte y más esencial de mi misión; porque recordando que mi nodriza difunta, la negra Marica, tenía una hermana llamada Damasia, lavandera de oficio, quien á su vez por demasías de Damasia con un italiano guapo de los Corrales, era madre de una preciosa mulatita más ó menos de mi edad, ó sea de diez y nueve años largos, y que el año anterior se había casado, se me ocurrió ir á ver á Damasia por si su hija estaba en condiciones de poder criar á mi nene. Situada la casa de Damasia, que era suya, entre paréntesis, allá por donde el diablo perdió el poncho, en pleno barrio del *can dombe*, tardé más en encontrarla que en llegar; pero dí al cabo con la casa, con Damasia y con Sara, la mulatita, que lloraba, por dicha, digo, por casualidad para mi objeto, la muerte de su mulatín de pocos meses. Me recibieron afectuosas, les dije lo que buscaba é inventé una historia que no creyeron, pues nadie mejor que Damasia, que entraba á diario en casa de mis hermanas por razón de su oficio y del antiguo cariño que la africana familia consagraba á la mía, hallábase enterada de cuanto ocurriera en la calle de Balcarce.

Ya sabían que la niña Laurentina se marchó al Trigo, y allí... Sabían que estaba tan enferma la niña Laurentina de ponerse porquerías en la verruga, ácidos ó qué sé yo, que le habían comido la vista y dejado tuerta ó ciega poco menos... Sabían otras cosas que valiera más no las supiesen, costándome gran tra-

bajo mantenerlas en el terreno de nuestra negociación, es decir, si la mulatita Sara quería ó no quería tomar el niño.

Sara convino en tomarlo, y yo la insté á que fuera en seguida; y fuimos los dos, y encontramos al chico berreando, y allí, en mi mismo cuarto, aplacó su hambriena el trigueño seno de la mulatita. Supongo que su viudo no se ofenderá de que yo lo cuente (porque la pobre Sara ha muerto; ¡los recuerdos de un viejo revolotean siempre entre cadáveres, como mariposas de cementerio!), su viudo, digo, mi criado fiel *Bullebulle*.

Puesto en tan buenas manos Arturito, escribí á Laurentina comunicándole lo hecho y tranquilizándola respecto del porvenir del niño, que quedaba bajo mi salvaguardia. No sé si recibió esta carta. Lo que sé es que de allí á poco supe por Damasia la muerte de mi hermana infeliz, y este suceso me ligó más al huérfano, que no mostrara entrañas quien le abandonase.

No he de relatar los cuidados que por aquel niño tuve. Un padre no los tiene mayores. El primer diente que echó, el primer paso que dió, cada empacho que padeció, el funcionamiento entero de aquella maquina infantil que en los brazos de Sara palpitaba débilmente, me preocupó, entretuvo, alarmó y distrajo de modo que en la tienda no daba pie con bola, salía más temprano, regresaba más tarde, y los domingos, que para mí fueron pesados siempre porque pareceme que han sido consagrados para el alegre, y para el

triste no hay distracción mejor que el trabajo, los pasaba, del alba á la tarde, en el lejano barrio, en la obscura sociedad de Damasia y de Sara, guardando el sueño, espiando la sonrisa, vigilando los gestos del sobrinito. Sara y Damasia, sorprendidas de contracción tamaña, me ponían en las mismas nubes. ¡Jesús!, cuando el niño Juanito se casara y fuera padre de verdad, ¡qué marido y qué padre sería! ¡Dichosa mujer y dichoso hijo aquél! Pues por lo mismo no me he casado ni he tenido hijos, que tales son las paradojas de la vida.

En cada visita dominguera llevaba un regalito para el nene, para Damasia, para Sara, para su marido y hasta para el perro. Además, el ajuar de Arturito, si no era rico, era abundante. Cómo me las componía yo para aunar lo necesario con lo pródigo, no sé. La ciencia económica tiene algo de prestidigitación. Siempre he visto en el milagro de los panes el símbolo de la economía bien entendida.

El inocente placer de mi misión paternal, que me indemnizaba de las torturas de la tienda, no estuvo exento del légamo que á todo placer va unido. Lo primero, Salustiano, que no obteniendo de mí las explicaciones que deseaba de aquella aventura, la forjó toda entera al gusto de su procacidad y la esparció á los cuatro vientos, en desprestigio mío y deshonra de la mulata Sara, que de saber lo que nuestra buena acción nos costaba, me planta seguramente el crío en el arroyo ó hace que este *Bullebulle*, cuya efervescencia